

Texto 5.

Fourier, El trabajo atractivo.

“En el mecanismo civilizado hállase siempre la desgracia compuesta, en vez del encanto compuesto. Juzguémoslo por el trabajo. Es, dice la Escritura, un castigo impuesto al hombre. Adán y sus sucesores son condenados a ganar el pan con el sudor de sus frentes. He ahí ya una desgracia. Pero ese trabajo, ese ingrato trabajo del cual depende el ganar nuestro miserable pan, no lo obtenemos siempre tampoco. A un obrero le falta ese trabajo de que depende su subsistencia y lo pide en vano, ensayando a veces uno en el cual el fruto es para el dueño y no para él u otro cuyo mecanismo desconoce. El obrero civilizado experimenta una tercera desgracia por las enfermedades que suele contraer por el exceso de fatiga que se le exige ... y hasta una quinta desgracia: la de ser desgraciado y tratado de mendigo porque, falto de lo necesario, consiente en adquirirlo mediante un trabajo repugnante. Padece, en fin, una sexta desgracia, y es la de no obtener adelanto ni salario suficiente y que al fastidio de una dolencia presente se une la perspectiva de dolencias futuras y la de ser enviado a un calabozo cuando reclame ese trabajo que puede faltarle cualquier día.

El trabajo, sin embargo, hace las delicias de determinadas criaturas, como castores, abejas, hormigas, que son plenamente libres de preferir la inercia; pero Dios les ha provisto de un mecanismo especial que las aficiona a sus tareas, y les hace encontrar la felicidad en la industria. ¿Por qué no nos habría concedido el mismo beneficio que a esos animales? ¿Qué diferencia existe entre su condición industrial y la nuestra? Un ruso, un argelino, trabajan por temor al látigo o al palo; un francés, un inglés, por temor al hambre que golpea las puertas de su pobre hogar; los griegos y los romanos. de quienes tanto se nos ha alabado la libertad, trabajaban por la esclavitud y el temor al suplicio, como hoy los negros de nuestras colonias.

El trabajo socialista deberá, para ejercer una fuerte atracción sobre el pueblo, diferir radicalmente de las odiosas formas con que nos lo presenta el estado actual. La industria socialista, para convertirse en atrayente, necesitará cumplir las siete condiciones siguientes:

1° Que cada trabajador sea asociado, retribuido con dividendo y no con salario.

2° Que todo hombre, mujer o niño. sea retribuido en proporción de las tres facultades: capital, trabajo y talento.

3° Que las sesiones industriales sean variadas aproximadamente ocho veces al día, pues el entusiasmo no puede sostenerse más de hora y media a dos horas en el ejercicio de una función agrícola o manufacturera.

4° Que sean ejercidas en compañía de amigos espontáneamente reunidos, intrigados y estimulados por activísimas rivalidades.

5° Que los talleres y cultivos presenten al obrero los atractivos de la elegancia y limpieza.

6° Que la división del trabajo sea llevada al grado supremo, a fin de aficionar cada sexo y cada edad a las funciones más adecuadas.

7° Que en esta distribución, cada uno, mujer o niño, goce plenamente del derecho al trabajo o derecho de intervenir en cada rama de trabajo que le convenga escoger, siempre que acredite aptitudes y probidad.

X (1). En fin, que en este nuevo orden, goce el pueblo de una garantía de bienestar, de un mínimo suficiente para lo presente y para lo porvenir y que esta garantía lo libre de toda inquietud para sí y para los suyos.

Todas estas propiedades reunidas hállanse en el mecanismo socialista de que me ocupo.

Se sabe cuál es el efecto de la asociación y de la propiedad sobre los industriales. Tal, parece no hacer nada cuando trabaja por cuenta de otro; pero desde el momento en que una asociación de comercio le ha inculcado el espíritu de propiedad y participación, se vuelve un prodigio y se dice de él: No es el mismo hombre, no se le reconocería. ¿Por qué? Es que se ha convertido en propietario compuesto. Su emulación es tanto más preciosa cuanto que obra para una masa de asociados y no para él solo, como el pequeño cultivador, tan elogiado por la moral, no es otra cosa que un egoísta; la pobre moral que tiene siempre la mano desgraciada no sabe alabar más que las fuentes del vicio. Era forzoso que acabase por elogiar al comercio libre o dominio de la mentira.

La influencia. emulativa de la asociación, ya notable en el estado actual, será mucho más poderosa en la Armonía, aunque de otro modo, puesto que estará sostenida por todos los más nobles afectos. Por prestarme a seguir la manía de los resortes simples que informa el espíritu dominante de los civilizados, no arrostraré, en este capítulo, el ocuparme de la emulación del pobre, sino bajo el aspecto del interés pecuniario, sin hablar de los resortes nobles, como la amistad, la gloria, el patriotismo que intervienen en todos sentidos en el mecanismo industrial de las series apasionadas.

Es preciso amar el trabajo, dicen nuestros sabios. ¿Cómo? ¿Qué tiene de amable en la civilización para las nueve décimas partes de los seres a quienes no procura sino el aburrimiento sin lucro? Si hasta es repugnado de los ricos, y eso que sólo ejercen la parte lucrativa y cómoda: la dirección, ¿cómo hacerlo amar al pobre?

Para obtener la dicha es preciso introducirla en los trabajos que ocupan la mayor parte de nuestra vida, y esto no es más que un largo suplicio para el que ejerce funciones sin atractivo. La moral nos ordena amar el trabajo: ¡que nos lo haga, pues, amable, introduciendo el lujo en los talleres y en los cultivos ...! Si el aspecto es mísero, repugnante, ¿cómo excitar la atracción industrial ...?

En la industria, como en los placeres, la variedad es evidentemente el voto de la naturaleza. Todo goce prolongado más de dos horas sin interrupción, conduce a la saciedad, al abuso, desgasta los órganos y mata el placer. Una comida de cuatro horas constituye un exceso; una ópera de cuatro horas concluye por aburrir al espectador. La variedad periódica es necesidad del cuerpo y del alma, necesidad de la naturaleza, hasta la tierra exige variedad de semillas y la simiente pide cambio o variedad del terreno. El estómago rechazará muy pronto los mejores manjares si se le dan a diario, y el alma se debilitará en el ejercicio de cualquier virtud que no sea relevada por el ejercicio de otra virtud.

Si el placer necesita variar después de un ejercicio de dos horas, el trabajo exige tanto más esa variación cuanto que es continuo, y así existe en el estado socialista, siendo la garantía del pobre y del rico.

El principal origen de la alegría de los armónicos es la frecuente variedad de ocupaciones. La vida es un suplicio perpetuo para nuestros obreros obligados a doce horas, y a veces quince, diarias consecutivas, en un trabajo aburridor. Ni los ministros están exentos; los hay que lamentan haber pasado toda la jornada en la tediosa tarea de poner su firma a millares de documentos oficiales. Estos aburrimientos son desconocidos en el orden socialista; los armónicos que no conceden más que hora y media o dos horas todo lo más a cada ocupación, no pueden estar exentos de alegría.

Describamos estas variedades por el horario de dos jornadas de dos armónicos: un pobre y un rico.

Jornada del pobre en el mes de junio

3 horas y media de la mañana: Levantarse, aseo.

4 de la mañana: Ocupación en las cuadras (en grupo siempre).

5 de la mañana: Ocupación en jardinería.

7 de la mañana: Desayuno.

7 y media de la mañana: Siega.

9 y media de la mañana: Cultivo de legumbres, bajo techado.

11 de la mañana: A la serie de los establos.

1 de la tarde: Comida.

2 de la tarde: A la serie de agricultura.

4 de la tarde: A un grupo de manufactura.

6 de la tarde: Al riego.

8 de la noche: A la Bolsa.

8 y media de la noche: Cena.

9 de la noche: Reunión agradable.

10 de la noche: Acostarse.

Jornada del rico en verano

3 y media de la mañana: Levantarse, aseo.

4 de la mañana: Al patio. Crónica de la noche.

4 y media de la mañana: Desayuno.

5 y media de la mañana: Caza (En grupo también siempre).

7 de la mañana: Pesca.

8 de la mañana: Almuerzo. Lectura de diarios.

9 de la mañana: Cultivo agrícola bajo techado.
10 de la mañana: A misa.
10 y media de la mañana: Al grupo de faisanderías.
11 y media de la mañana: A la Biblioteca.
1 de la tarde: Comida.
2 y media de la tarde: Agricultura.
4 de la tarde: Al grupo de plantas exóticas.
5 de la tarde: Al grupo de los Viveros.
6 de la tarde: Merienda en el campo.
6 y media de la tarde: Al grupo de los merinos.
8 de la noche: A la Bolsa.
9 de la noche: Cena.
9 y media de la noche: Artes, conciertos, bailes, teatro, etc.
10 y media de la noche: Acostarse.

Se ve en estos horarios los pocos instantes que se conceden al sueño. Los armónicos dormirán muy poco; la higiene refinada unida a la variedad de ocupaciones, les habituarán a no fatigarse en los trabajos; los cuerpos no se agobiarán en la jornada y no tendrán necesidad sino de un corto sueño, habituándose a ello desde la infancia, por una infinidad de placeres para los que no alcanzará el día.

En semejante orden, el encanto, a fuerza de intensidad, necesita algún peréntesis, algunas ocupaciones calmosas, como la de la Biblioteca. El orden civilizado establece recreos para descansar de un trabajo molesto; el orden socialista no ahorra sino instantes de placer (2).

El vicio capital de nuestra industria es el de ocupar el obrero en una sola función, lo cual le lleva a degenerar en el estancamiento. Los 50.000 obreros de Lyon que hoy mendigan (50.000, mujeres y niños inclusive) serían distribuidos en doscientas o trescientas falanges que tendrían como manufactura principal la sedería, sin estar amenazadas de una paralización de uno o dos años. Si al cabo de algún tiempo la fábrica se cerrase por cualquier causa, los obreros no se quedarían sin trabajo, puesto que no tendrían subordinada su existencia jornalera a las continuidades o suspensiones de pedidos del extranjero.

En una serie progresista todos los grupos adquirirán tanta mayor destreza cuanto más divididas sean sus funciones, no adoptando cada miembro más que aquella en la cual puede sobresalir. Los jefes de la serie, forzados al estudio por las rivalidades, aportarán al trabajo las luces de un sabio de primer orden. Los subalternos aportarán un entusiasmo que se ríe de cualquier obstáculo y un verdadero fanatismo por sostener el honor de la serie contra los cantones rivales. En el calor de la acción ejecutarán lo que parece humanamente imposible, como los granaderos franceses que escalaron las rocas de Mahon y que no pudieron atravesar a sangre fría al día siguiente, después de haberlas subido bajo el mortífero fuego enemigo. Tales son las series progresivas en sus trabajos: todo obstáculo cede ante el violento orgullo que las invade; se irritarían ante la palabra imposible y los más rudos trabajos, como las traslaciones de tierras, no constituyen sino uno de sus menores juegos. Si hoy pudiéramos ver un cantón organizado, ver desde la aurora una treintena de grupos industriales, saliendo en formación del palacio de la Falange, diseminándose por los campos y los talleres, agitando sus banderas con gritos de triunfo y de impaciencia, creeríamos ver tropas de facinerosos que van a tomar a sangre y fuego el cantón vecino. Así serán los atletas que han de reemplazar a nuestros anémicos trabajadores mercenarios, atletas que serán capaces de hacer producir néctar y ambrosía sobre un suelo al cual no pueden arrancar los civilizados más que zarzas y espinos”.

Notas

(1) Fourier designa con la letra X el carácter eje, base de todas sus enumeraciones. (Nota del editor francés).

(2) Contemplando esta hechicería socialista, esos acuerdos, tales prodigios, el Océano de delicias emanado de la atracción divina, se verá surgir por doquiera un frenesí de entusiasmo hacia Dios, autor de tan hermoso orden; y la infame civilización será cubierta de maldiciones universales. Sus bibliotecas políticas y morales serán escupidas, desgarrados los libros todos en el primer momento de cólera, y entregados a los más viles usos, hasta que se les haga reimprimir con la glosa crítica, colocada enfrente del texto para producir la

risa despectiva, el escarnio de las generaciones venideras. (Nota de C. Fourier).